

No vale nada

Germán Cubillos

Acaban de enterrarle un cuchillo en el estómago, pero no le duele. La sangre baja lenta y mancha el piso. Camina y ve las caras de las personas a su alrededor, nadie lo mira a los ojos y ahora su mirada está más clara que nunca. Se recuesta contra una pared, siente un fuerte mareo, palpa la herida y se le ocurre recitar de memoria un poema de Rafael Pombo que se aprendió en la primaria:

¡Mírenle la estampa!
Parece un ratón
Que han cogido en trampa.
Con ese morrión.

Fusil, cartuchera,
Tambor y morral,
Tiene cuanto quiera
Nuestro general.

Calla, respira profundo y siente por primera vez dolor, continúa:

Las moscas se espantan
Así que lo ven,
Y él mismo al mirarse
Se asusta también.

Y a todos advierte
Con lengua y clarín
“¡Ay de aquel que insulte
A Juan Matachín!”

Sus ojos se entrecierran, la sangre sigue goteando. La mirada se le nubla y se ve en el colegio con sus compañeros, durante el recreo. Empujó a otro niño porque le robó las onces. El coordinador de disciplina lo acusó a él de buscar pelea, llamaron a los padres para hablar con ellos. Los padres nunca fueron y el coordinador lo dejó castigado hasta que alguien fue a buscarlo. Lo recogió su hermana mayor, que le dijo sí a todo lo que exigió el señor. Finalmente los dejó ir. De regreso a la casa, su hermana caminó muy rápido, él se quedó atrás, se calló y se golpeó en una rodilla, la hermana no lo esperó y él llegó solo.

Palpa con la mano la herida del estómago y no siente la mano. Toda la mitad derecha del cuerpo se le duerme. Se deja escurrir contra la pared hasta tocar el piso con la cola. Siente dolor cada vez que respira. Hace un gran esfuerzo por mantener los ojos abiertos y ver a la gente pasar, quiere respirar hondo, no quiere irse, quiere ver a la gente. Los ve desdibujados, desteñidos, lejanos. El sol ilumina aún fuerte y le quema la cara, pero él no siente. Un perro le ladra cada vez desde más cerca y él intenta respirar sin que le duela. Sus ojos se terminan de cerrar y su cabeza queda suspendida en el vacío, mientras todo su cuerpo sigue sentado. El perro continúa ladrando retador y el hombre no escucha. La sangre se ha empozado a su lado derecho y su cuerpo está ligeramente inclinado hacia ese lado. El perro se atreve y se lanza a su pierna izquierda. No lo muerde. Hala el pantalón con fuerza. Él sigue impassible.

El sol comienza a ocultarse y el perro no ha dejado de rodearlo. Le rompió la manga izquierda del pantalón. Le ladra por momentos, va a orinar en el poste que está cerca del hombre y vuelve.

Una señora se apresura a sacar la basura de la casa en bolsas negras y blancas, diferenciadas, para facilitar el reciclaje. Deja las bolsas en el poste, mira hacia el perro y el señor. Regresa a su casa.

El perro le ladra a los carros. Un joven trabajador llega en su bicicleta hasta el poste, saca unos carteles que anunciaban un concierto, coge uno y lo pega allí mismo. El perro





ladra, el joven mira hacia la pared que apoya al hombre y sigue en su bicicleta.

La noche lo cubre todo. El perro le lame la herida y termina tumbándolo contra su sangre. Ladra con fuerza hacia los carros. La luz intermitente de los semáforos los ilumina. El frío se hace más intenso, los carros disminuyen en las vías. El perro se acomoda para dormir, entre las piernas del hombre.

Amanece. Un señor pasa con su hija hacia el colegio. Cruzan por el lado del hombre y el perro y ella que está terminando de tomarse un yogurt piensa que el hombre lo disfrutaría más. Mira al papá y el padre se lo permite. No ven sangre porque el hombre está sobre ella. La niña le deja la bebida al lado, el perro se despierta y lame el yogurt. El padre y la hija siguen derecho. El perro le ladra al señor, no reacciona. El animal atraviesa la avenida y desaparece.

*Ganador del Concurso de Cuento
"Paracaídas de Letras", bajo el seudónimo
Pepito Pérez